

## NOTAS Y COMENTARIOS

### Samuel A. Lafonte Quevedo

† el 18 de Julio en La Plata

Con la muerte del doctor Lafone Quevedo pierde la ciencia arqueológica argentina, uno de sus más grandes investigadores, y la Facultad de Filosofía y Letras, uno de sus más antiguos y estimados profesores.

Había nacido el doctor Lafone Quevedo, el 28 de febrero de 1835 en Montevideo, bajo la expatriación. Muy joven aun, trasladóse a Inglaterra, donde se educó y obtuvo, en la Universidad de Cambridge, el título de Master of Arts. De regreso a la patria, se radicó en Catamarca, viviendo allí alrededor de cuarenta años, durante los cuales tuvo ocasión de recorrer los valles de esa provincia y de las circunvecinas. En ellos recogió los abundantes materiales que le sirvieron luego como documentos originales, para la redacción de los múltiples e importantes trabajos sobre Arqueología, Historia, Lingüística y Etnografía de que fué autor.

La merecida reputación de sabio e investigador auténtico, que tales obras le dieron, así en la patria como fuera de ella, valióle el ser designado, en 1898, profesor de Arqueología americana en esta casa; director del Museo y Decano de la Facultad de Ciencias de la Plata, en 1906; representante de nuestro país en varios congresos científicos y Doctor "honoris causa", por nuestra Facultad, en 1910.

Todos los estudiosos saben de la vasta y sólida preparación del doctor Lafone Quevedo en las materias que constituían su especialidad; solo los que tuvimos ocasión de pasar por su curso sabemos de sus dotes de profesor y maestro cariñoso.

Sencillo, sin vanas presunciones ni ridículos estiramientos, reuníase con sus alumnos, los días de clase, en una de las salas subterráneas del Museo, y, sentados todos alrededor de una mesa que llenaba de mapas y restos fósiles para ilustrar la explicación, desenvolvía su clase departiendo familiarmente con aquellos. Sus lecciones eran, por esto verdaderas conversaciones entre profesor y alumnos, las que nunca dejaba de matizar, el doctor Lafone Quevedo, con reminiscencias personales, ocurrencias chistosas, o anécdotas de personajes históricos que conociera y tratara en el transcurso de su larga vida.

El aspecto venerable que le daba su edad avanzada, su índole naturalmente bondadosa, sus modos familiares y su palabra siempre amable, dábanle, sobre todo en los últimos tiempos, mas apariencia de padre o de abuelo impartiendo consejos a su prole reunida, que de catedrático en el sentido magistral de la palabra.

Querido por todos sus discípulos, su desaparición no puede menos que ser por ellos hondamente sentida. Uno de los más distinguidos, el doctor S. Debenedetti, maestro ya, arqueólogo de nota y director actual de nuestro Museo Etnográfico, pronunció, en nombre de esta Facultad, ante la tumba del maestro ido, el discurso sobrio y hermoso que a continuación reproducimos:

Señores,

La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires me ha confiado la dolorosa misión de representarla, en esta hora de su íntimo duelo, y despedir, frente a las puertas de la eternidad, a este venerable maestro.

Fué hasta ayer el Dr. Lafone Quevedo la reliquia superviviente de aquella reducida falange de investigadores que marcó una etapa y caracterizó una fase de nuestro desenvolvimiento científico.

Cuando la Facultad de Filosofía y Letras abrió sus aulas al desinterés de los estudiosos, llamó al Dr. Lafone Quevedo para ocupar la cátedra de Arqueología Americana, materia que, por primera vez, iba a ocupar un lugar en nuestros programas

universitarios. En este sentido, puede afirmarse que fué su verdadero fundador.

Traía consigo un envidiable bagaje científico, reunido con su propio esfuerzo, resultante de la investigación personal y de la afanosa observación directa de los hechos en su ambiente originario; tenía antecedentes impecables de honradez en el estudio, de tenacidad en la disciplina y de constancia en el trabajo; sus sospechas, sus ideas, sus conclusiones diseminadas en sus valiosas publicaciones constituían la mejor garantía y eficacia para ilustrar y desarrollar la nueva ciencia que a su dirección se confiaba. Por ello, la Facultad de Filosofía y Letras, le llamó y le puso en posesión de la cátedra que dictó siempre con el mismo entusiasmo, con la misma sana energía y con el mismo sereno optimismo, hasta pocos días antes de morir.

Dedicado por entero al estudio y a la enseñanza desplazó y suplantó con profunda e íntima convicción los llamados valores de la vida reduciéndolos todos a una forma única: el amor a la ciencia. Ella lo llevó a enseñar, encaminar, trazar rumbos y marcar pautas que se harán tanto más visibles cuanto más hondo sea el análisis. — que alguna vez tendrá que practicarse. — de nuestras ciencias.

Allí deja como legítimo y sólido legado a las generaciones presentes y venideras su sabia producción de carácter lingüístico, arqueológico e histórico, fuentes inevitables para todos los que quieren beber nuestras cuestiones de americanismo.

La muerte sorprende al anciano maestro en plena labor; ni el peso de los largos años, ni las vicisitudes del tiempo habían mellado su alma, conservada hasta ayer con la frescura de una edad juvenil. Este hombre extraordinario proyectaba todavía, como si la eternidad fuera inherente a su naturaleza, seguir por nuevas y desconocidas rutas hacia la solución de los complicados problemas de las afinidades de los idiomas americanos.

Fué la preocupación de sus últimos días establecer en forma definitiva el lugar geográfico donde las correlaciones lingüísticas se acentuaron con mayor intensidad y donde podría sospecharse

la cuna desde la cual se inició la dispersión de las estirpes americanas.

A la especulación, fruto del paciente estudio en el gabinete unía la experiencia de largos viajes; buscando los secretos de nuestros solitarios valles y montañas penetró en el alma de nuestras civilizaciones muertas y quiso reconstruirlas manejan-do sus restos dislocados.

Sus continuadores podrán sorprender alguna falla en los métodos o conclusiones seguidos por el Dr. Lafone Quevedo, pero lo que siempre ha de aparecer en el conjunto de su obra multiforme es la sana sinceridad de sus investigaciones y la indiscutible buena intención en el propósito.

Horas vendrán de justicia en que se pondrán en claro los valimientos de este muerto ilustre cuya vida, puesta al servicio de una idea, es para nosotros un ejemplo.

La Facultad de Filosofía y Letras pierde con el Dr. Lafone Quevedo a uno de sus viejos y sabios profesores; sus discípulos, al perder su amor y su consejo, recogen su nombre y su enseñanza con toda veneración. En nombre de la Facultad, en nombre de su alumnado doy el último adiós al maestro y vaya en la cálida, dolorosa e intensa despedida toda nuestra amorosa ofrenda.

---